

Mal uso de la IA: falta que provocamos y luego perseguimos

El hambre de la máquina (la presión sistémica de producir más, más rápido, con menos) nos mueve a delegar en dispositivos lo que no queremos hacer nosotros: pensar despacio, equivocarnos, corregir, perder el tiempo productivamente

El hambre de la máquina (la presión sistémica de producir más, más rápido, con menos) nos mueve a delegar en dispositivos lo que no queremos hacer nosotros: pensar despacio, equivocarnos, corregir, perder el tiempo productivamente. Renato Moretti 14 JUL 2026 - La irrupción masiva de la inteligencia artificial generativa en la vida académica y educacional ha desatado una respuesta institucional predecible. Reglamentos de uso, declaraciones de integridad, sistemas de detección automatizada de plagio, comités de ética digital.

as universidades han desplegado un enorme esfuerzo regulatorio cuyos resultados son dudosos: los sistemas no cumplen su cometido y, de paso, aumentan las sospechas mutuas dentro de las comunidades educativas. No porque las normas y los controles estén mal en sí mismos. Sino porque son cualitativamente insuficientes. No tocan las condiciones que producen el problema.

El diagnóstico dominante se formula así: hay personas deshonestas que usan máquinas para engañar, y hay que detectarlas y sancionarlas. La solución es más vigilancia, mejores herramientas, normas más claras. Técnica para controlar la conducta, moral para interpelar la conciencia. Cada cosa en su carril. Esa escisión es exactamente el problema. Vale la pena detenerse en una tensión que la IA hace visible pero no produce. La promesa tecnológica dominante es la del aumento de productividad: la misma tarea en menos tiempo. Eso podría significar más libertad. Históricamente, sin embargo, la ganancia de productividad no se traduce en tiempo liberado sino en expectativa de mayor rendimiento por unidad de tiempo.

Se produce más, más rápido, y eso eleva el piso de lo exigible. El tiempo “ahorrado” no se devuelve: se reinvierte en la máquina. En educación esto tiene una forma específica. Cuando un estudiante usa IA para completar una tarea en un tercio del tiempo, no está simplemente siendo deshonesto. Está respondiendo racionalmente a un sistema que exige demasiado en demasiado poco tiempo, que evalúa productos en vez de procesos, y que ha convertido la formación en una carrera de rendimiento. La tentación de la IA es la tentación de eludir ese sistema sin transformarlo. Y las instituciones, al responder con más control, refuerzan exactamente la lógica que produce el problema. No es solo la intención de engañar.

Es que nos engañamos al tratar de saltarnos las condiciones que nos empujan a actuar fraudulentamente. El papa León XIV publicó hace pocas semanas Magnifica Humanitas, una reflexión sobre la IA que ha circulado más como titular que como argumento. Lo que interesa aquí no es la autoridad del texto sino una distinción que propone: construir Babel o construir los muros de Jerusalén. Babel no es la técnica desbordada: es la concentración de la técnica en un solo proyecto, una sola voluntad, un solo poder que habla por todos.

Jerusalén no es el freno moral: es la comunidad que distribuye la potencia, que coordina, que se hace responsable colectivamente ante un problema común. La respuesta institucional dominante a la IA es, en ese sentido, babélica. Centraliza el diagnóstico, estandariza la solución, vigila desde arriba. Una respuesta jerusalemita sería otra cosa: distribuir la interrogación del problema a quienes lo habitan, hacer de estudiantes, docentes e instituciones agentes corresponsables de las condiciones que producen el mal uso, no solo sujetos a supervisar.

Esa lectura no traiciona el argumento de León XIV: lo toma en serio. Lo que hace interesante a Magnifica Humanitas es la negativa a separar el problema técnico del problema humano. No hay una IA neutra que una ética supervise desde afuera. Hay un ensamblaje: condiciones materiales, instituciones, dispositivos, prácticas, tiempos.

Ese ensamblaje produce tanto el mal uso como la respuesta vigilante. La pregunta, entonces, no es cómo meterle ética a la técnica ni técnica a la ética. Esa formulación ya asume la escisión. La pregunta es por qué seguimos pensando el problema como si la conciencia estuviera en el cráneo y la máquina en el metal, como si fueran dos dominios que se regulan por separado y luego se articulan. El hambre de la máquina (la presión sistémica de producir más, más rápido, con menos) nos mueve a delegar en dispositivos lo que no queremos hacer nosotros: pensar despacio, equivocarnos, corregir, perder el tiempo productivamente.

La respuesta institucional dominante acepta esa lógica y añade vigilancia. La alternativa es más incómoda: interrogar por qué el sistema educativo ha llegado a producir las condiciones en que la delegación fraudulenta parece razonable. Eso no es un problema de buenas o malas voluntades. Es un problema político. Y como todo problema político, requiere más que moral: requiere una ética que obligue a pensar las condiciones, no que reprima la conducta. Hace algunos años, en el contexto de la pandemia, se planteó aquí que bajar la velocidad en educación era una alternativa para examinar. El argumento era que la escuela moderna ha hecho del tiempo un molde de hierro, y que la crisis nos obligaba a preguntarnos si ese molde tenía sentido.

Hoy otra disrupción reclama la misma pregunta. Esta vez no nos frena: nos acelera. Y la velocidad que impone no es nueva: revela algo que ya estaba roto. Eso no se arregla con un detector de plagio.

Renato Moretti es psicólogo y doctor en Sociología, director del Diplomado en Análisis y Gestión Constructiva del Conflicto Escolar de la Facultad de Psicología de la Universidad Alberto Hurtado, miembro del Centro de Estudios en Ciencia y Tecnología CECTS UAH